

¿TUTORÍA O AUTORÍA?¹

Mentors or Directors of Thesis, is he author?

María das Graças TARGINO
Dr. (Post-doctorado) en Periodismo
Profesora Colaboradora en el Programa de Postgrado en Ciencias de la Información,
Universidad Federal de Paraíba, João Pessoa – Paraíba, Brasil
gracatarmino@hotmail.com

BIBLID [(2172-9077)2,2011,19-34]

Fecha de aceptación definitiva: 30/05/2011

RESUMEN

A lo largo del tiempo, con los profundos cambios en la enseñanza e investigación provenientes de los avances tecnológicos, y sobre todo por el valor creciente de la educación superior y de la investigación científica, hay intensas controversias alrededor del viejo y gastado lema "publicar o morir". Cada vez más, tutores o directores de tesis y monografías académicas en general, se colocan como primer autor o coautor de los trabajos realizados por sus alumnos, utilizando el argumento de que la autoría, como actividad y proceso, sufre ella misma intensas mutaciones sociales, culturales, económicas y políticas. Este es un tema que despierta discusiones y conduce a cambios conceptuales que requieren la reconstrucción de sus fundamentos, ya que con respecto de la cuestión ética, debe tenerse en cuenta.

Palabras clave: Trabajos Científicos, autoría, coautoría, tutoría, tesis, monografías académicas.

ABSTRACT

Over time, with the profound changes in the learning and in research provided by technological advances, and especially because of the extreme value of higher education and scientific research, there is an intense discussion around the old and worn slogan "publish or perish". Increasingly, mentors or directors of thesis and university papers, in general, put themselves as first author or coauthor of work performed by their students, by the argument that the author, as activity and process, suffers herself social, cultural, economic and political mutations. This is a topic that arouses controversy and leads to conceptual changes, which require the deconstruction of its foundations, which, however, must respect the ethic behaviour

Key words: Scientific papers, authorship, co-Authorship, tutoring, theses, academic monographs.

¹Basado en la comunicación – *Orientador, tutor o director de tesis, ¿Es autor?* – presentada en el I Congreso Internacional “Los Estudios de Comunicación en el EEES”, celebrado en Huesca, los días 7 y 8 de octubre de 2010.

1. Introducción: nuevos tiempos para la investigación y la producción

En Brasil y fuera de él, en diferentes países, cada vez más y más, se discute el proceso autoral, ante las profundas transformaciones ocurridas en la enseñanza, como también en la ejecución de investigaciones científicas. Son mutaciones devenidas del avance significativo de las tecnologías de la información y las comunicaciones (TIC), y, también, de la presión creciente para que académicos e investigadores produzcan más y más y se inserten en grupos de investigación. Ello sucede porque existe una tendencia creciente para que las agencias de investigación, internacionales o nacionales, valoren los esfuerzos en equipo mucho más que los trabajos individuales.

Como consecuencia, hay incuestionable alteración en la configuración de la comunidad científica contemporánea, aunque su concepción continúe vigente. Aún hoy, tal como Thomas S. Kuhn defiende, en su obra clásica, *The structure of scientific revolutions*, originalmente en el año 62, la comunidad científica consiste en hombres que comparten un paradigma o, inversamente, un paradigma es aquello que los miembros de una comunidad comparten. En otras palabras, la expresión en pauta designa no solamente la totalidad de los individuos que se dedican a la investigación científica y tecnológica sino también grupos específicos de científicos, segmentados en función de sus especialidades y/o de lenguas, naciones e ideologías políticas. Los partícipes de una comunidad científica poseen intereses en torno de una especialidad. Como resultado, son ellos los responsables por la consecución de objetivos comunes, lo que refuerza cierto nivel de agregación y unión, observándose que, en el interior de esos grupos, en general, la comunicación es satisfactoria y los juicios profesionales casi siempre unánimes, aunque no podamos afirmar que están libres de conflictos y de disputas internas.

En su análisis de la historia de la ciencia y en la utilización y generalización del término paradigma, Thomas S. Kuhn (1970) insiste en que las comunidades científicas existen en varios niveles, toda vez que las grandes áreas, invariablemente, se desdoblán en sub-áreas o especialidades. Por ejemplo, el amplio universo de la comunicación social, en la realidad brasileña, incorpora periodismo, relaciones públicas, publicidad y propaganda, producción editorial,

radiodifusión (radio y televisión) y cine. Bajo esta perspectiva, al contrario de lo previsto por Le Coadic (1996), para quien, la noción de comunidad científica es ambigua y se relaciona con el mito surgido en el siglo XIX, alusivo a la “república de las ideas” o a la “ciudad del saber”, donde científicos se encontraban para intercambiar ideas abstractas en busca de la verdad, hoy, en la sociedad contemporánea, esas comunidades nada tienen de abstracción. Al contrario, poseen aspiraciones bien definidas, en las que se produce efectivo sistema de trueques. El investigador transfiere a “su” colectividad las informaciones que detenta y los conocimientos recién generados. A cambio, recibe su confirmación como científico. Esta se da en dos etapas. Inicialmente, el reconocimiento de los pares, y posteriormente la confirmación institucional, que exige producción intensa de publicaciones originales.

Los miembros de la comunidad científica mantienen vínculo profesional con instituciones distintas, incluyendo, en el caso de Brasil, mayoritariamente, universidades e institutos de investigación, además de academias y sociedades científicas y asociaciones de investigadores. Para Le Coadic (1996), esa institucionalización acontece en cinco etapas, no necesariamente excluyentes. La primera tiene como representante máximo al científico aislado, sin amparo institucional, pero con garra y obstinación, dando margen al estereotipo del “científico loco, solitario y excéntrico”. En un segundo momento, esfuerzos aislados dan origen a las primeras tentativas de un trabajo colectivo, en torno de un investigador-líder – es el amateurismo científico. La tercera etapa está marcada por la expansión de las universidades como academias del saber, configurando la ciencia académica. La ciencia organizada, etapa que prevalece en la actualidad, favorece los fundamentos de programas, sobre todo oficiales, con vistas al desarrollo de la investigación. La última etapa – megaciencia – se refiere al reconocido valor de los investigadores envueltos, en esfera nacional e internacional, actuando en laboratorios con equipamientos de última generación y contando con recursos financieros satisfactorios.

En realidad, todo ello, junto con la evolución de las TIC, constituye un conjunto esencial de elementos para entender las transformaciones que rodean la autoría y la coautoría. Ante el gastado y siempre discutible lema *publish or perish*, cada vez más, hay dudas en el momento de atribuírsele autoría a

determinado texto; en especial, en el caso de los que proveen de estudios realizados en el postgrado. En esta etapa, la figura del orientador y/o del coorientador (un segundo profesor que complementa / auxilia la orientación) es imprescindible, en términos formales / legales y, sobre todo, en el apoyo a los principiantes, los cuales, con raras excepciones, carecen de madurez intelectual. Ante la presuposición de que no existen respuestas únicas o unívocas, mas que es preciso primar, siempre, por postura ética en la interrelación orientador versus (vs.) orientando en el contexto de la producción intelectual, y, por consiguiente, en la formación intelectual e integral de los individuos, fundamentamos nuestra discusión en las concepciones más clásicas de autoría y coautoría y de orientación.

2. Autoría y coautoría: nuevos tiempos y nuevas dudas

Al principio, retomamos uno de los conceptos más completos sobre autoría, presentado por Culliton, ya en 1994. Para él, sólo es autor quien, de hecho, participa y asume de forma integral la responsabilidad de la producción del texto, cualquiera que sea su naturaleza. Autor y coautores necesitan participar, efectivamente, de todas las fases de producción, teniendo en cuenta que si el trabajo resulta del esfuerzo conjunto, la diferencia entre autor y coautor se limita al liderazgo mayor o menor en la dirección de las actividades y no en la responsabilidad autoral. De esta forma, autor y coautores deben colaborar en todas las etapas. Estas comprenden la concepción de la idea, la delimitación del objeto de estudio, la consecución de los objetivos pretendidos, además del establecimiento de la línea teórica adoptada. Abarcan, incluso, la decisión de los procedimientos metodológicos, el análisis y la respectiva interpretación de los datos colectados hasta la elaboración preliminar y final del texto que resume los resultados y las conclusiones obtenidas.

No obstante, la denominada explosión bibliográfica, resultante de factores variados (incremento de la investigación, del total de investigadores y de su productividad; avance de las naciones; compartimentación de la ciencia y tecnología (CyT); industrialización acelerada; especialización creciente; impresión rápida; TIC en expansión, etc.), además de posibilitar a cualquier individuo convertirse autor, casi de inmediato, contribuye a la intensificación del flujo informacional y, peor aún, hacia la banalización de la autoría. Esto es,

mayor oportunidad de publicar corresponde a más informaciones en circulación. Más informaciones en circulación, por su parte, corresponde a más problemas en torno del proceso de autoría, independientemente del soporte impreso o electrónico.

Así, debates sobre la “muerte del autor” ganan espacio y delinear dos grandes corrientes de pensamiento. En cuanto haya quien decrete el fin de la autoría, habrá quien se oponga terminantemente a esta presuposición. Ahora, la historia de la autoría, descrita por estudiosos de especialidades y nacionalidades distintas, como Roland Barthes (2008); Ítalo Calvino (2000); Michel Foucault (1992); e Jack Meadows (1999), indica cambios de naturaleza social, cultural, económica y política, que acompañan la actividad del autor en el transcurso de los años. Sin negar la intertextualidad o la polifonía de los textos de distintas naturalezas, los estudiosos concuerdan en que los textos accionan, irremediabilmente, otras voces u otros textos.

Sin embargo, al contrario de lo que Kucinski (2005) pregona, transformaciones autorales profundas, sin ninguna perspectiva, pueden ser vistas como sinónimo de “muerte” de la autoría. Al tiempo en que cualquier obra es siempre una obra abierta (Eco, 1979), al permitir lecturas variadas y formas múltiples de interacción texto-lector, el autor no solo sobrevive, sino persiste con fuerza total:

No hay obra sin autor. El desconocimiento del autor no implica su inexistencia. El mayor o menor grado de participación en la creación de una obra no invalida su intervención.

.....
Pretender asimilar la función de un autor a la de un lector-autor no invalida la existencia de un autor [...] (Ottobre, 2005, p. 43).

Tratándose del avance de las TIC o, en especial, de la Internet y de las publicaciones electrónicas, para Foucault (1992), el texto es capturado en un sistema de referencias con otros textos puestos en la red de redes, donde hay infinitos espacios y “mundos imposibles”. Esta intervención convierte el acceso a la información rápido y abarcador, al tiempo en que transmuta al lector en

constructor de sentidos, reduciendo la autonomía de los textos y de los propios autores. Los discursos, yendo más allá de los límites de la lengua, están atados a sus determinaciones. Por tanto, solamente pueden ser definidos como práctica social y/o práctica discursiva, en la concepción de sistema que, en el interior de determinada formación discursiva, regula la dispersión de los lugares institucionales susceptibles de ser ocupados por un sujeto de enunciación. Quiere decir, frente a la posición privilegiada del hipertexto, más que antes, ocurre visible entrelazamiento entre las funciones del autor y las del lector.

Los hipertextos dan autoridad a los lectores para que tracen caminos individualizados y construyan metatextos variados e imprevisibles, originados de interconexiones con otros documentos del mismo autor o de otros, en un sistema de referencias sin límites. Además de amplificar las oportunidades de informaciones, para Barthes (2008), el hipertexto y los “paseos” que proporciona, reduce la autonomía de los textos, y, por tanto, de los propios autores. Se trata de la idea que, indirectamente, refrenda Foucault (1992), para quien los autores no son solo autores de las obras que llevan su firma, sino producen, esencialmente, la posibilidad de constitución de otros textos, estableciendo la posibilidad indefinida e infinita de discursos.

En la misma línea de pensamiento, y tal como Umberto Eco, Salvador Pocho Ottobre evidencia que todos somos lectores-autores. De alguna forma, completamos el mensaje original en nuestra mente, de forma más sólida o no, de forma más fiel o no, de forma más innovadora o no, y así sucesivamente. Mas, siempre lo hacemos. La idea del lector-autor está vinculada al imaginario de cada uno: “el ‘lector-autor’ decidirá el tipo de vida que quiere para sus personajes, creará personajes nuevos, transformará la historia” (Ottobre, 2005, p. 26), lo que justifica la expresión lector-actor, a partir de la acepción de actor [del latín *actore*], como “agente del acto.”

En ese proceso de cambios, la discusión sobre autoría / coautoría se impone como realidad aliada a la valoración de la información como fuente de poder y a la consecuente presión exacerbada, por todo el mundo, para que se publique más y más, en adhesión al decantado lema anglosajón *publish or perish*. El énfasis en la producción científica posee ventajas: al contrario de los matemáticos y alquimistas del Renacimiento, hoy los científicos revelan los

resultados de su trabajo de inmediato. Sin embargo, las desventajas existen: condicionados a la coacción social y profesional para que produzcan casi compulsivamente, en medio de un sistema de evaluación de desempeño calcado, sobremanera, en la producción cuantitativa, e indiferente a las distinciones entre instituciones, áreas, sub-áreas, temas y objetos de estudio, académicos e investigadores tienden a participar de verdadera “industria de la investigación de papeles”. La investigación científica sustituye su objetivo máximo – avance de la CyT – por la producción meramente cuantitativa de artículos y papers, cuya intención primordial es asegurar ascensión profesional, conceptos más elevados para los programas de postgrado y/o concesión de beneficios (Targino, 2005).

Fieles a la caracterización de la industria como actividad de producción de mercancías, de forma mecanizada y en gran escala, los académicos, como partícipes de la “industria de la investigación de papeles” sustituyen, de forma frenética, la autoría individual por la coautoría / autoría colectiva / autoría múltiple / autoría compartida. Más que sobrepasar la etapa del “científico solitario” o de superar la equivocada autoría individual como identidad formalizada del autor en pretendida objetividad, completando el binomio autor vs. obra y/o sujeto vs. objeto, los pasos de esos investigadores los llevan al otro extremo.

En lugar de la coautoría fiel a los contratos éticos, sociales y jurídicos pertinentes, y en sintonía con el Estado y con las exigencias mercadológicas (Antonio, 2010), los desatinos se acentúan. Ahora, al nombre del autor verdadero, se añade, por coacción, amistad, conveniencia, falta de esclarecimiento, intención de facilitar la ascensión funcional del colega etc., el nombre de pseudos colaboradores, en actitud antitética, toda vez que autor / coautor es tan solamente quien participa de todas las etapas del trabajo intelectual, como antes se ha señalado. Hay, aun, dos factores más agravantes, que tienden a expandirse por todos los países. Primero, la exigencia radical de los órganos de fomento de priorizar proyectos integrados de investigación, bajo la óptica de institucionalización de la ciencia prevista por Le Coadic (1996), apuntando a la llamada “ciencia organizada”. Segundo, las revistas renombradas y los eventos técnico-científicos, en general, salvo raras

excepciones, privilegian textos producidos por autores con titulaciones más elevadas.

Todos estos factores son determinantes para la práctica de inclusión del nombre de los orientadores, tutores o directores de tesis a los textos de los alumnos. De forma creciente, se colocan como primer autor o coautor de trabajos elaborados por sus alumnos. Argumentan que su actitud resulta de las transformaciones sufridas por la autoría, en el transcurso de décadas. Juzgan ser esta la forma ideal de asegurar publicación o de imprimir a los textos mayor credibilidad. Y, sin duda, son estas tendencias (equivocadas o no) que están animando a establecerse parámetros para la definición de los niveles / ordenación de autoría, como la tabla diseñada por Petroianu (2005) para el campo de la medicina, aunque lejos de ser el concepto clásico de autoría, defendida por Cullinton (1994) y Ottobre (2005).

De hecho, existe una amplia gama de posibilidades de estudios sobre co-autoría que se encuentran en la literatura contemporánea, tal como lo resumen Bufrem y Gabriel Júnior y Gonçalves (2010). Hay los que privilegian las cuestiones metodológicas, como Savanur y Srikanth (2009), que proponen cambios en el coeficiente de cooperación (CC), una medida que pretende reflejar el promedio de autores por artículo, y también la proporción de artículos de autoría colectiva, llamada Modified Collaboration Coefficient (MCC). También existen estudios que analizan realidades y disciplinas específicas. Está claro que, en todo ello, hay una lucha evidente por monopolizar el poder bajo la investidura de la competencia científica. Es lo que Bourdieu (2004) asegura. Para él, el campo científico se configura como una verdadera arena de lucha desigual entre agentes armados de fuerzas también desiguales, según las directrices científicas y sociales sobredeterminadas, fortaleciendo el poder de quien legitima y, al mismo tiempo, la fragilidad de quien es "legitimado", para formular estrategias y establecer monopolios.

Así, de nuevo, enfrentamos una situación de dos caras. La postura de las agencias de financiamiento y de las revistas favorece la conjunción de esfuerzos de investigadores noveles y veteranos. Del otro lado, sin embargo, estimula mayor embuste en el proceso autoral, en desobediencia a las prescripciones éticas en el campo de la investigación científica, que Witter

(2010, p. 10) describe en detalles y que son aplicables también a la comunicación científica / producción científica:

La ética en la investigación es un aprendizaje que debe estar asociado al saber-hacer-poder de la ciencia desde el preescolar hasta el postgrado, con la esperanza de que los profesionales que utilizan y producen el conocimiento incluyan en su plan de actualización continua la mejora constante de la ética en la ciencia.

Aunque la responsabilidad principal por la ética científica sea el investigador, hay otras personas involucradas como participantes o sujetos: los inversores (públicos o privados); los distribuidores de la ciencia (medios de comunicación y los círculos científicos); los administradores y los consumidores o usuarios de la ciencia.

Es decir, las tendencias actuales para incluir orientadores, tutores o directores de tesis u otros profesionales como autores, aunque discutible, parecen estar en flagrante sintonía con el Estado (estadísticas oficiales de las instituciones de enseñanza superior, IES y de los institutos de investigación) y con las nuevas demandas del mercado, que se fortalecen, en un crescendo editorial sin límites. Colecciones de todos los tipos y sin hilo conductor son lanzadas. Surgen revistas y mueren con rapidez increíble. Un mismo trabajo genera varios “hijos”, legítimos o ilegítimos. Papers de pocas páginas, presentados en congresos o publicados en revistas, cuentan con número increíble de coautores, con la presencia inevitable de orientadores vs. orientandos.

Los ejemplos están a la vista de cualquiera. Hay de todo. Todo es permitido e incentivado por posiciones, como las de Kucinski (2005), para quien el plagio tiende a ser universalizado ante los nuevos hábitos que avanzan en el espacio virtual, incluyendo venta de trabajos y de publicaciones escritas a varias manos, que excitan la curiosidad y la creatividad, pero no pueden ser elevadas a puestos máximos. Ejemplificando: la Britannica Online cede espacio a la Wikipedia, enciclopedia libre y electrónica, pero cuya credibilidad es sabiamente cuestionada por Andrew Keen (2010), cuando muestra la fragilidad

de parte de sus contenidos, provenientes de fuentes dudosas, y, muchas veces, anónimas.

3. Orientación y co-orientación: nuevos tiempos y nueva postura

Como antes se ha dicho, a causa de la presión social y profesional para que se publique, la orientación o la co-orientación asume función vital, desde la graduación, con énfasis en el postgrado. Hay exigencia formal, por parte de las IES. Hay exigencia implícita, ante la necesidad de favorecer al alumno acompañamiento sistemático de su aprendizaje, mediante la utilización de técnicas, recursos y procedimientos adecuados a los objetos de estudio.

En este sentido, el orientador debe ser esencialmente un educador dotado de ciertos prerrequisitos. Entre ellos: tener experiencia en el campo de la investigación científica, y, por tanto, titulación o formación elevada (doctorado o post-doctorado); ser profesor de tiempo integral y dedicación exclusiva. En el plano conductual, los orientadores mantienen formas de actuación diversificadas, o sea, por persuasión o por índole, varían en sus estilos de trabajo, según lo especificado por el economista y educador Cláudio de Moura Castro hace más de dos décadas, y que sigue siendo válido hasta hoy:

Unos son pacientes, otros ansiosos; unos son benevolentes, otros irritables. Algunos vetan sucesivamente hasta que los alumnos consigan llegar finalmente por cuenta propia a la solución correcta. Otros casi llegan a hacer el trabajo del alumno. Naturalmente, algunos tienen más tiempo o más disposición para gastarlo con sus alumnos (Castro, 1978, p. 326).

En cualquier circunstancia, sin embargo, el orientador / co-orientador precisa percibir al orientando en su integralidad, teniendo en cuenta las tres fases componentes de una personalidad – racional, afectiva y emotiva –, a fin de establecer colaboración fundamentada en la confianza y en el respeto mutuos, dentro de los límites determinados por el buen sentido. Además del dominio de la temática, con frecuencia, ejerce papeles distintos, como el de profesor de portugués y de estadística, bibliotecario, además de psicólogo, para lidiar con las cuestiones del dominio afectivo. A fin de cuentas, para casi todos los investigadores noveles, la fase de iniciación en el universo de la investigación y

de la producción intelectual representa un período de tensión, expectativas y temor. Se refuerza el mito del "monstruo de siete cabezas" y cierto misticismo, de que es esencial devoción, renuncia y contemplación, para alcanzar el estado de éxtasis por la conclusión de los trabajos de investigación.

Además, compete al orientador / co-orientador proponer y dinamizar líneas de investigación, así como analizar la viabilidad y la importancia de los temas propuestos por los discentes, en una visión contextual nacional, regional y local. También es figura decisiva para, frente a la dificultad creciente de investigar en campos "vírgenes", buscar con el orientando nuevas formas de abordajes y facetas innovadoras, que alcancen soluciones creativas y originales, favoreciendo el estudio de hechos y fenómenos. Sobre este ítem, Tyler (1994) refuerza que orientar presupone conocer una teoría, un volumen de conceptos concatenados acerca de la vida, de la naturaleza humana y de métodos capaces de sistematizar los conocimientos en productos útiles a las colectividades.

Por tanto, en términos ideales, tanto para el autor encima citado como para Castro (1978), el orientador debe seguir algunos parámetros esenciales: (a) planificación previa en cuanto a la sistematicidad de la orientación, incluyendo horarios, duración de las entrevistas, cronograma de tareas y demás detalles; (b) estímulo a discusiones técnico-científicas, evitando interferencias subjetivas; (c) apoyo a posibles divergencias de opinión, una vez que al orientador no le compete adoctrinar o catequizar; (d) énfasis en la responsabilidad del alumno, como genuino autor de sus trabajos.

Este último ítem resume la esencia de la discusión. Al orientador le compete acompañar, según técnicas específicas, el desarrollo intelectual y la formación integral del alumno, mas este es el autor de sus propios textos, desde el momento que debe asumir responsabilidad incondicional por su elaboración, publicación y divulgación, como Culliton (1994) llama la atención. Bajo tal óptica, los nuevos tiempos de mayor presión para publicar y la amenaza de enviar al limbo los académicos que publican menos (lo que requiere discusión intensa y profunda sobre el elemento cualitativo vs. cuantitativo), no justifica la tendencia ora acentuada del orientador / co-orientador posicionarse como autor o coautor de los trabajos de sus alumnos.

4. Autoría vs. orientación: universos que se cruzan

Luego, conscientes de la imposibilidad de posiciones conclusivas, reiteramos nuestra creencia de que orientadores, tutores o directores de tesis pueden, sí, figurar como autores, como cualquier otro intelectual, mas no pueden o no deben constar como autor o coautor de la producción principal de sus orientandos (monografías de final de curso, tesis, etc.), lo que no impide que más adelante produzcan efectivamente juntos, en igualdad de condiciones. Se trata de inferencia amparada en una propuesta de producción científica pautada por la ética que debe existir en la comunidad científica, distante de la aceptación pasiva de la productividad como sinónimo de la “industria de la investigación de papeles”, y, sobre todo, fundamentadas, en las concepciones antes exploradas de lo que es autoría y de lo que es orientación.

A partir del momento que percibimos las funciones diferenciadas del autor y del orientador, parece más fácil, o, como mínimo, menos polémico, la comprensión de que son universos que se cruzan, pero que mantienen su singularidad. Orientar, establecer directrices, intercambiar experiencias son actividades intrínsecas a la orientación y no a la autoría. Orientadores y autores, profesores y alumnos pueden ser miembros integrantes de la comunidad científica, en términos efectivos o en potencial, pero sin que el espacio de uno sea usurpado por el otro.

Además de ello, reiteramos que la profesionalización de la investigación, prevista por Le Coadic (1996) e Meadows (1999), trae subyacente la inclusión de remuneración. En los días de hoy, la producción científica, más allá de confirmar competencia, puede asegurar empleos, y quizás, premios y recompensas. Esto es, la ampliación de los medios hasta entonces utilizados en el proceso de comunicación acrecienta la reglamentación de naturaleza intelectual de la comunidad científica una reglamentación de naturaleza económica. El número creciente de investigadores provoca la estratificación interna de la investigación. Resultante de la interferencia de tales factores, las comunidades científicas, en sus diferentes niveles, presentan, ahora, división de trabajo mucho más compleja con atribución de tareas delimitada, centralización de autoridad más visible, administración del proceso de ejecución de la investigación y monitoreo de informaciones.

En este sentido, el orientador / co-orientador no debe reforzar su autoridad irrespetando la concepción de la autoría en sus fundamentos principales, lo que acarrea graves consecuencias a los derechos morales y patrimoniales presentes en la actuación profesional del autor. Es cierto que, retomando a Foucault (1992), se puede argumentar que la función-autor no nos remite tan solamente a un individuo real y, sí, da lugar a diferentes "yo", simultáneamente. La función-autor se efectúa en la propia divergencia – misma división y una división –, lo que justificaría posible fusión de la producción del orientando con la del orientador.

Incluso así, reiteramos que la comunidad científica constituye espacio de intercambio, en el que los investigadores, sean noveles o veteranos, sueñan con su aceptación en el núcleo de la comunidad a la que pertenece y a la sociedad en general, en el momento en que exponen los resultados de su investigación. Si a los noveles no se les diera oportunidad similar, su camino en dirección al reconocimiento por los pares y la subsecuente confirmación institucional tardará o no se efectuará, contradiciendo frontalmente las denominadas normas mertonianas, publicadas en 1937, y que están en boga hasta hoy, en pleno siglo XXI.

Entre las cuatro normas de R. Merton – universalidad; colaboración; desapego material y escepticismo sistemático – la postura de la producción del orientando por el orientador fuera, al menos, a dos de ellas (Targino, 2005). Primero, la universalidad, que veta la existencia de cualquier fuente privilegiada del saber científico. Quiere decir, toda y cualquier contribución científica debe ser evaluada mediante criterios rigurosos, objetivos e impersonales. Su aceptación o rechazo exentos de los atributos individuales o sociales del autor, de tal forma que titulación, renombre u otros atributos del individuo deberían ser irrelevantes. Es evidente, entonces, que las prescripciones, explícitas o implícitas, adoptadas tanto por las agencias de fomento como por las grandes revistas, no cumplen la universalidad idealizada por los defensores de una ciencia menos impregnada de intereses particulares e institucionales.

De forma similar, la aposición del nombre del orientador / co-orientador al texto del alumno contradice el escepticismo sistemático. De acuerdo con tal recomendación, los investigadores no pueden aceptar nada de buena fe.

Deben verificar, siempre, los nuevos conocimientos, en busca de errores, inconsistencias y fragilidades, en un comportamiento radicalmente escéptico y paradójicamente producente, toda vez que se dirige a la verosimilitud de los resultados de las investigaciones recién publicadas.

Por todo ello, consideramos que admitir orientador / co-orientador como autor o co-autor de la producción del orientando corresponde a la aceptación y al refuerzo del decantado y criticado argumento de autoridad en la ciencia. Ello dice respecto de la predisposición de aceptar como verdadero lo enunciado por personas de prestigio, y que contribuye para que los evaluadores, en las más diversas instancias – órganos gubernamentales o no, publicaciones, eventos, etc. – acaten, sin mucho rigor, las contribuciones derivadas de los “medallones”, en cuanto los papers oriundos de investigadores noveles o vinculados a instituciones de pequeño porte son milimétricamente analizados y seccionados. Aquí, es interesante observar la postura del propio Meadows (1999, p. 60), autor clásico de la comunicación científica. Afirma, literalmente: “Los editores están siempre ansiosos para garantizar que los artículos sean aceptados por su mérito, y no porque su autor tenga renombre”. Más adelante, sin embargo, cita el caso de los miembros de la National Academy of Sciences que publican trabajos en los proceedings de la Academia tras revisión pro forma. Se considera que sus miembros, como autores experimentados (léase, famosos) tienen conciencia de lo que es un artículo aceptable, lo que representa la negación de la imparcialidad.

Por último, ante las profundas transformaciones que afectan al hombre contemporáneo, en términos profesionales y personales, determinando, a veces, total inversión de valores, es ingenuidad pensar, como Foucault (1992) alerta, que la función-autor puede permanecer inalterable o inmune, en su forma, complejidad y existencia. Por otro lado, constituye temeridad adherir a la autoría colectiva, sin considerar la concepción básica de la autoría y los dictámenes éticos a ella inherentes, tornándose fabricante de una ciencia comprometida con la centralización de la autoridad y con el ejercicio del poder... Hay que tener cuidado para que no cometamos arbitrariedades en nombre de una falsa modernidad...

5. Referencias

- Antonio, I. (2010). *Autoría y cultura posmoderna*. Disponible en <http://bvs.sld.cu/revistas/aci>. Acceso en 8 abr. 2011.
- Barthes, R. (2008). *O rumor da língua*. 8. ed. São Paulo: Brasiliense.
- Bourdieu, P. (2004). "O campo científico". En Ortiz, R.: *Pierre Bourdieu: sociología*. 2. ed. São Paulo: Ática.
- Bufrem, L. S.; Gabriel Júnior; R. F.; Gonçalves, V. (2010). "Práticas de co-autoria no processo de comunicação científica na pós-graduação em Ciência da Informação no Brasil". En *Informação & Informação*, Londrina, v. 15, n. especial.
- Calvino, I. (2000). *Seis propostas para o próximo milênio*. 3. ed. Petrópolis, RJ: Vozes.
- Castro, C. M. (1978). "Memórias de um orientador de tese". En Nunes, E. de O. *A aventura sociológica*. 1. ed. Rio de Janeiro: Zahar.
- Culliton, B. J. (1994). "Integrity of research papers questioned". En *Science*, Washington, DC, v. 235.
- Eco, U. (1979). *Obra abierta*. 1. ed. Barcelona: Ariel.
- Foucault, M. (1992). *O que é um autor?*. 3. ed. Vega: Passagens.
- Keen, A. (2010). *O culto do amador*. 1. ed. Rio de Janeiro: Zahar.
- Kucinski, B. (2005). *Jornalismo na era virtual*. 1. ed. São Paulo: Fundação Perseu Abramo.
- Kuhn, T. S. (1970). *The structure of scientific revolutions*. 3. ed. Chicago: University of Chicago.
- Le Coadic, Y.-F. (1996). *La science de l'information*. 2. ed. Paris: Presses Universitaires de France.
- Meadows, A. J. (1999). *A comunicação científica*. 1. ed. Brasília, DF: Briquet Lemos Livros.
- Ottobre, S. P. (2005). *Elogio del autor*. 1. ed. Buenos Aires: La Crujía.

Petroianu, A. (2005). "Autoria de um trabalho científico". En *Revista da Associação Médica Brasileira*, São Paulo, v. 8, n. 1.

Savanur, K.; Srikanth, R. (2009). "Modified collaborative coefficient: a new measure for quantifying the degree of research collaboration". En *Scientometrics*, Budapest, v. 84, n. 2.

Targino, M. das G. (2005). "Artigos científicos: a saga da autoria e co-autoria" En FERREIRA, S. M. S. P.; TARGINO, M. das G.: *Preparação de revistas científicas: teoria e prática*. 1. ed. São Paulo: Reichmann & Autores Ed.

Tyler, L. E. (1994). *La función del orientador*. 2. ed. México: Trillas.

Witter, G. P. (2010). "Ética e pesquisa: gestores e pesquisadores". En Curty, R. *Produção intelectual no ambiente acadêmico*. 1. ed. Londrina: Universidade Estadual de Londrina.